

TOMA DE XAMILTEPEC

MIGUEL BRAVO A MORELOS

XAMILTEPEC, FEBRERO 11 DE 1813²⁰

Excelentísimo señor:

La buena causa va ordinariamente acompañada del feliz éxito de las empresas militares. Tal es el que tengo la complacencia de comunicar a vuestra excelencia del ataque dado al obstinado Francisco Rionda, capataz de un sin número de gente colectada por la maldad y el artificio.

Deseoso yo de aumentar nuestras glorías, atrayendo más bien a estos pueblos por el desengaño, que por el ministerio cruel de derramar la sangre de mis semejantes, y tal vez de muchos inocentes, he meditado algún tiempo emprender la acometida contra el alevoso Rionda; pero mirando, por una parte, que cada día infestaba más y más estos territorios con sus viles seducciones, y por otra que mi valiente división no cesaba de explicar su inquietud por vengar las preciosas vidas de sus hermanos y compatriotas, me propuse batirlo el día 8 del presente.

Para hacerlo con acierto encargué al señor mariscal don José Antonio Talavera, que se hallaba situado en el campo de Tataltepec, pasase en compañía del señor coronel don Víctor Bravo a reconocer el paso de la Reina, que es el más a propósito para vadear el Río Verde. Ambos me informaron que estaba ocupado por el enemigo y suficientemente fortificado con cinco baluartes que en los bajíos de dicho río, o intermedios de las eminencias próximas, había construido

²⁰ *Correo Americano del Sur*, I, Oaxaca, febrero 25 de 1813.

con bastante arte y pericia; de manera que el ejecutar el tránsito por ese rumbo sería destinar mi ejército a una ruina infalible.

Menos arriesgado creí vencer un destacamento que aquellos malvados mantenían en las cumbres de Santa Cruz, y burlar sus prevenciones pasando el río por el vado que nombran de la Texa. Con tal objeto dispuse que a las nueve de la noche marchase toda mi gente a aquel destino silenciosa y ordenada. Así lo verificó hasta las cuatro de la mañana que nuestra descubierta mandada por el bizarro teniente coronel don Vicente Guerrero se encontró con la del enemigo. Atacada ésta vivamente se replegó a su atrincheramiento, por lo cual determine batir a la canalla antes de que mejor se previniese.

Al efecto dividí mi tropa en dos trozos: uno que a mi mando acometiese por el frente; y otro que a las órdenes del señor mariscal ganase la cumbre de un cerro inmediato que dominaba el campo enemigo. Esta medida no se logró, porque en el momento que ellos conocieron las disposiciones destinaron un cuerpo que ocupase aquella posición, como que se hallaban mucho más cercanos.

Lejos de haber sacado ventajas esos cobardes de la nueva determinación, encontraron el precipicio. Mientras que el señor mariscal contenía en la falda a los del cerro, mi gente embistió con tanto denuedo al campamento del plano, que intimidado el enemigo ocurrió a reunirse con el trozo que había subido a la eminencia. Juntos allí todos, y confiados en la ventaja del punto que habían tomado, nos esperaban con arrogancia, pero al ver que nuestros soldados avanzaban con serenidad a pesar de lo pendiente del terreno, entendieron que iban a ser envueltos y completamente destrozados; y abandonaron aquel puesto precipitada y vergonzosamente, dispersándose unos y replegándose otros a las fortificaciones del paso de la Reina y trincheras del rancho de la Texa.

Limpio ya el camino me dirigí Tututepec, sin novedad, hasta las cinco de la tarde del día siguiente que llegamos a dicho pueblo. Allí fue indispensable que esta invencible tropa se repusiese un poco de la fatiga de todo aquel día y de la noche anterior. Al siguiente caminamos a marchas dobles al paso de la Texa, considerándolo ya libre o mal guarnecido; pero me engañé, porque el enemigo, temiendo que la gente que custodiaba dicho paso fuese arrollada, dejó el de la Reina y agolpó toda su fuerza en la Texa, quizá para empeñar una acción decisiva.

Según el modo con que el infame Rionda iba proporcionando los lances, y tenía dispuestos aquellos parajes para su defensa, porque aun no bien forzábamos una batería, cuando nos encentrábamos con otra mejor construida; se hubiera acobardado y desfallecido cualquiera otra tropa que no pelease por el don inestimable de la libertad, y por desaparecer de la superficie de la tierra al autor de todas sus desgracias. Mientras llegábamos, el caudillo había emboscado ya sus esclavos en lugares montuosos y dominantes, pero mi esforzada división, que no tuvo otra noticia de aquel ardid, que una viva descarga, lejos de sorprenderse embistió a los malévolos con tal intrepidez y valor que no sólo los desalojó de aquellos puntos sino que los obligó a pasar el río precipitadamente y a encerrarse en varias trincheras que habían colocado del otro lado.

Asegurados allí con esta barrera, y con sus fortificaciones, luego que vieron formarse mi ejército en una dilatada playa, rompieron el fuego de nuevo desde sus parapetos, al que correspondieron los nuestros sin más cubierta que sus pechos heroicos, con once cañonazos y una viva descarga de fusiles. Entonces intentaron el avance, mas como observaron la serenidad con que mis soldados los aguardaban cambiaron su determinación. Continuó el tiroteo lento por cuatro horas, hasta que viendo yo que ya se nos

escapaba el día, y que el enemigo no cedía, mandé a mi gente que avanzase, lo que ejecutó en el momento con tanto entusiasmo y osadía, que ni el caudaloso río, ni el temor de los lagartos en que abunda, ni mucho menos los fuegos del enemigo, fueron capaces de contenerlos ni aun perturbarlos. Esta heroicidad y resolución nunca vista infundió en los esclavos tanto horror y cobardía que dejando sus trincheras se refugiaron por los bosques y subieron a los montes.

Conseguida así una completa derrota, y reunido y repuesto un tanto este ejército, que tengo el honor de mandar, dispuse mi marcha para Xamiltepec, a donde llegué hoy a las tres de la mañana. Aquí no pulsé embarazo alguno al entrar. Rionda con varios de sus confacciosos había salido dos horas antes a abrigarse con el mentecato Paris. Es tal la crueldad y dureza de estos bandidos que al infame Francisco sólo lo detuvo en Xamiltepec la obra impía de degollar sin confesión a tres prisioneros: el uno teniente de Juquila, y los otros compañeros de Echeverría. Sin embargo de estas intergiversables pruebas de su irreligiosidad, quieren aún aparentar suma caridad, como lo hizo pocos días ha el gazmoño de Rionda escribiéndome una carta con el fin de seducirme.

La fuerza total del enemigo sería de mil y cien hombres; trescientos que guardaban la cumbre de Santa Cruz, y como ochocientos los dos puntos de la Texa y Paso de la Reina. El embarazo y dilación que tuvimos al pasar el río dio tiempo al enemigo para su vergonzosa estampida y para llevarse muchas armas, de suerte que sólo dejó dos cajones de pertrecho; pero aquéllas se van recogiendo, porque las traen algunos de los muchos que se están presentando, y juzgo que Rionda jamás volverá a ver su división reunida, y más cuando fue a incorporarse con Paris, quien según dicen se halla cortado por la gente que tenemos en el Veladero.

No puedo menos de creer que el cielo nos protege visiblemente. Los reencuentros todos han sido peligrosísimos y con mucha ventaja por parte de los malvados; con todo, nuestra pérdida se reduce a un solo muerto y cuatro heridos. La del enemigo no fue muy considerable porque siempre acometía o resistía abrigado; pero esto mismo debe lisonjearnos tanto más, cuanto se destruyen las fuerzas contrarias sin mayor derramamiento de sangre, que es lo que apesadumbra al feroz Venegas y sus dignos adoradores, pues se complacen en verla correr en arroyos. El porte de mi gente en esta serie de acciones ha sido muy satisfactorio y asombroso, pero más señaladamente el del capitán don Zenón Veles, que en todas ocasiones manifestaba su espíritu americano con el valor y el ejemplo, el del teniente coronel don Ignacio Herrero, quien aún estando enfermo fue el primero en arrojarse al río amenazando a la ribera opuesta.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Cuartel subalterno en Xamiltepec, febrero 11 de 1813. — Excelentísimo señor. — Miguel Bravo. — Excelentísimo señor capitán general, don José María Morelos.